

Medios: olvidos y desmemorias

Jesús Martín-Barbero

<http://www.revistanumero.com/24medios.htm>

«La memoria es un proceso abierto de reinterpretación del pasado que deshace y rehace sus nudos para que se ensayen de nuevo sucesos y comprensiones. Pero ¿a qué lengua recurrir para que el reclamo del pasado sea moralmente atendido como parte de la narrativa social vigente, si los medios de masas sólo administran la "pobreza de experiencia" (W. Benjamin) de una actualidad tecnológica sin piedad ni compasión hacia la fragilidad de los restos de la memoria herida?».

—Nelly Richard

El tema es estratégico para el momento que vive el país, a la vez que nos permite retomar una de las reflexiones más fecundas de los países del sur en los últimos años, la de *las relaciones entre memoria y olvido en tiempos de guerra, y el papel de los medios en los modos de recordar y olvidar*. De ahí las dos partes de este texto: una primera sobre la principal tarea que la sensibilidad fin de siglo parece haberles encomendado a los medios masivos: *fabricar presente*; y una segunda sobre las paradojas que produce la guerra en las relaciones del *recordar* con el *olvidar*.

1. Un siglo que perdió la memoria

Dedicados a fabricar presente, los medios masivos nos construyen un *presente autista*, esto es que cree poder bastarse a sí mismo. ¿Qué significa esto? En primer lugar, que los medios están contribuyendo a un debilitamiento del pasado, de la conciencia histórica, pues al referirse al pasado, a la historia, casi siempre lo descontextualizan, reduciéndolo a una cita, y a una cita que no es más que un adorno para colorear el presente con lo que alguien ha llamado «las modas de la nostalgia». El pasado deja de ser entonces *parte de la memoria*, de la historia, y se convierte en ingrediente del *pastiche*, esa operación que nos permite mezclar los hechos, las sensibilidades y estilos, los textos de cualquier época aisladamente, sin la menor articulación con los contextos y movimientos de fondo de esa época. Y un pasado así no puede iluminar el presente, ni relativizarlo, ya que no nos permite tomar distancia de lo que estamos viviendo en lo inmediato, contribuyendo así a *hundirnos* en un presente sin fondo, sin piso y sin horizonte. Los medios están así reforzando —no creando, pues los medios sólo catalizan, refuerzan y alargan las

tendencias que vienen de los movimientos de lo social— la sensación postmoderna de la muerte de las ideologías y sobre todo de las utopías, porque ambas se hallan ligadas a otra temporalidad más larga, hoy emborronada por la pérdida de aquella relación con el pasado que nos proporciona la conciencia histórica.

La fabricación de presente implica también una profunda *ausencia de futuro*. Catalizando la sensación de «estar de vuelta» de las grandes utopías, los medios se han constituido en un dispositivo fundamental de instalación en un *presente continuo*, en una secuencia de acontecimientos que, como dice el politólogo chileno Norbert Lechner, «no alcanza a cuajar en duración». En lugar de trabajar los acontecimientos como algo que sucede en un tiempo largo o por lo menos mediano, los medios los presentan sin ninguna relación entre ellos, en una *sucesión de sucesos* —valga lo que hay de redundancia como síntoma del autismo de que hablaba antes— en la que cada acontecimiento acaba *borrando* al anterior, disolviéndolo, e impidiéndonos por tanto establecer verdaderas relaciones entre ellos. Y así, añade Lechner, se nos hace imposible construir proyectos: «Hay proyecciones pero no proyectos», algunos individuos se proyectan pero las colectividades no tienen dónde asir los proyectos. Y sin un mínimo horizonte de futuro no hay posibilidad de pensar cambios, haciendo entonces que la sociedad patine sobre una sensación de sinsalida. Si la desesperanza de nuestra gente joven es tan honda es porque en ella se mixturán los fracasos del país por cambiar con esa sensación, más larga y general, de impotencia que la ausencia de futuro introduce en la sensibilidad fin de siglo.

Asistimos a una forma de *regresión* que nos saca de la historia y nos devuelve al *tiempo del mito*, que es el de los eternos retornos, y en el que el único futuro posible es entonces el que viene del «más allá», no un futuro a construir por los hombres en la historia sino un futuro a esperar que nos llegue de otra parte. Es de eso de lo que habla el retorno de las religiones, de los orientalismos nueva era y los fundamentalismos de toda laya. Es la *nueva edad media* que atisbaron, y de la que empezaron a hablar Eco y sus amigos al comienzo de los años setenta. Un siglo que parecía hecho de *revoluciones* —sociales, culturales— termina dominado por las religiones, los mesías y los salvadores: «el mesianismo es la otra cara del ensimismamiento de esta época» (N. Lechner). Ahí está el reflatamiento descolorido pero operante de los caudillos y los pseupopulismos.

Éste es la primera clave: los medios no nos están ayudando a anclar en la historia lo que nos pasa, para desde allí dibujar algún futuro, sino que, en conjunto, los

medios debilitan el pasado y diluyen la necesidad de futuro. Claro que hay mucho por matizar, pues mientras la prensa —alguna prensa, al menos— intenta aún enlazar los hechos, hilarlos, ponerlos en contexto, la radio y especialmente la televisión trabajan sobre la *simultaneidad de tiempos* y la *instantaneidad de la información* que, posibilitadas por las tecnologías audiovisuales y telemáticas, se han convertido en perspectiva, esto es, en modo de ver y de narrar. Los medios audiovisuales aplastan la temporalidad sobre la instantaneidad: a lo que hoy llaman los medios *actualidad* es la toma en directo o sus equivalentes. Y esa simultaneidad entre acontecimiento e imagen, entre suceso y noticia, es la que le exige a la radio o a la televisión cortar cualquier programa para *conectarnos con el presente de lo que está pasando* —atención a ese verbo *pasar*, pues se trata de un presente que no tiene reposo sino que pasa y pasa, a toda velocidad—, exigiendo también que el tiempo en pantalla de cualquier acontecimiento sea también instantáneo y equivalente: ¡tanto dura una masacre de campesinos como un suceso de farándula, pues en la economía del tiempo de la televisión *valen* lo mismo! Extraña economía la de la información en radio o televisión, según la cual su costo en tiempo implica que la información —como la actualidad— dure cada vez menos. Hasta hace un siglo «lo actual» se medía en tiempos largos, pues nombraba lo que permanencia vigente durante años, pero después la duración se fue acortando, estrechando, y acabó dándose como eje la semana, después el día, y ahora lo actual es el instante —incesantemente repetido— en que coinciden el suceso y la cámara o el micrófono. O quizá sea al revés: lo actual es el instante que la cámara convierte en suceso. ¿Cómo diferenciarlos?

Vivimos así inmersos en un presente cada vez más delgado o, como dirían los tecnólogos, más *comprimido*, ya que uno de los mayores logros del desarrollo tecnológico, a partir de la fibra óptica, es la *compresión* (¡no confundir con *comprensión*!), pues de lo que se trata es de meter, y hacer circular, el máximo de información en el mínimo de espacio, en el mínimo de espesor material. Resulta bien sintomático que lo que pasa en el plano tecnológico de la información —la compresión posibilitando unos computadores a la vez más pequeños y con mayor capacidad de almacenamiento a partir de unos chips cada vez más diminutos y potentes— nos esté dando la pauta a la hora de configurar los criterios con que valoramos la información social, política, cultural. Esto, trasladado al campo de la memoria, significa que la que ahora vale ya no es la de «los viejos de la tribu», la *memoria cultural*, no acumulativa sino conflictiva, articulada sobre los tiempos largos de la historia y preñada de sentido, sino la que cabe en el computador, la memoria instrumental y operativa.

El tiempo-de-los-medios comprime la información, la condiciona y la moldea de dos maneras. Primero, transformando el costo del tiempo en el medio —televisión o radio— en el condicionante decisivo de la estructura de los noticieros, lo que implica una perversión radical: ¡todo vale igual en un noticiero! Nada merece durar más. Recuerdo que QAP «nació» con un comercial que hacía García Márquez, en el que decía: «Colombia va a dejar de mirarse al ombligo». Y así fue durante unas pocas semanas, dándoles a ciertas noticias internacionales hasta diez minutos, lo cual era absolutamente escandaloso en este país; pero muy pronto eso se acabó, y nos volvimos a encontrar que, como en los demás, todo volvía a durar igual pues todo acabó resultando equivalente: la masacre de Mitú y el vestido que le hizo Barraza a la reina, ambos tuvieron derecho al mismo tiempo. Estamos ante unos noticieros en los que, al valer todo igual, la única clave de organización narrativa es el *ritmo*. El noticiero debe tener, ante todo, ritmo, ya que el ritmo visual importa mucho más que la espesa y cruda realidad del país. En la información de televisión no hay tiempo para la incertidumbre que vivimos ni para la complejidad de las violencias que sufrimos, pues en ellas no caben, sólo caben su gesto —o mejor su mueca— y su morbo.

En segundo lugar, el tiempo condiciona la información moldeando su elaboración. ¿Cómo se elabora hoy la información de los noticieros, especialmente —pero no sólo— en la televisión? Como un *reality show*, como un espectáculo. De ahí que ya no haya tiempo para la investigación, ni para el análisis, ni para la documentación, porque la investigación, el análisis y la argumentación son mucho menos importantes que el montaje de efectos con el que se construye la simultaneidad del hecho y la noticia, la entrevista en directo. Lo que se elabora durante la preparación del noticiero no es su documentación y análisis sino su teatralidad, esa pequeña obra de teatro que hay que montar cada noche para que la gente no se pase a otro canal. Anudada a un tiempo, que perversamente condiciona la información, se halla la publicidad, y en especial la autopublicidad del noticiero. Desgraciadamente, los «nuevos noticieros» de los canales privados no sólo no han traído nada nuevo sino que han redoblado la autopropaganda: de lo que más hablan los noticieros hoy es de sí mismos, muchísimo más que del país. En eso se traduce la tan cacareada competitividad y sus falsas promesas de diversidad. Con la privatización iban a llegarnos al fin la diversidad y el pluralismo, pero lo único que hemos recibido hasta ahora es más de lo mismo y más barato.

En resumen, los medios son hoy un actor fundamental de lo que está pasando en el país. Son sin duda un actor de la guerra y a veces, pocas, un actor de la paz,

puesto que el tipo de temporalidad que producen los ha convertido en dispositivos de borrado de la memoria y, por tanto, de desinformación. Y ¿cómo ser ciudadanos hoy sin información? En su libro *Balsas y medusas. Visibilidad informativa y narrativas políticas*, Germán Rey analiza el papel de los medios en el largo conflicto de Las Delicias, el de los secuestrados, los desaparecidos y las madres, y hace una observación que me parece clave: el contraste entre la larga duración del conflicto, su lenta resolución y la débil temporalidad, y la fragmentación de la información. Es decir, la tremenda paradoja entre la lentitud, las enormes dificultades que enredaron/alargaron ese conflicto, y la versión *light*, rápida y fragmentada que el ritmo de la espectacularización impuso a las noticias. Como si, en este fin de siglo, lo único contra lo que tuvieran que luchar los medios fueran el tedio y el estrés y su única arma fueran el ritmo y el espectáculo visual. Esto lleva a Germán Rey a recoger los hilos que, en algún momento, permitieron a la información convertirse en *relato*, romper con la compulsión y la fragmentación para darse un mínimo de tiempo, una mínima capacidad de desenredar los conflictos, de acompañar los procesos, de seguirlos, de mantenerlos en el aire, en pantalla, de mantenerlos vivos en la conciencia y la memoria de la gente.

2. Recordar/olvidar: las paradojas de la guerra

Sin memoria, no hay futuro, y el que no recuerda está condenado a la repetición. Pero, ¿quién es el que recuerda? ¿Qué memoria es la activada? ¿La memoria de quién? La chilena Nelly Richard nos alerta sobre el hecho de que mucha de la memoria recobrada es una traición a la historia, pues cuando se somete la memoria de las víctimas a la humillación de ver narrado su pasado, su experiencia y su dolor, en el neutro y bastardo relato de la *actualidad*, esa memoria se convierte en un secuestro, un robo.

Creo que, en gran parte, el modo como los medios *recuerdan* en este país produce eso: un relato que funcionaliza la tragedia de las víctimas a los intereses del tiempo rentable, la conversión de la memoria en rentabilidad informativa, la transformación de la actualidad en desmemoria, pues en la actualidad no cabe la memoria, la actualidad no la soporta, y cuando convierte la memoria en actualidad lo que resulta es una traición a aquellos en nombre de los cuales se dice hacer memoria. De esta manera, la memoria de los desaparecidos es confundida diariamente con la cotidiana demanda colectiva de morbo, de «hechos fuertes», y condenada al flujo invisibilizador de los sucesos.

Y ¿memoria de quién? —nos preguntábamos—. ¿Quién hace hoy memoria? En realidad son muy diversos los modos de recordar, y no hay posibilidad de un discurso que recuerde de verdad sin que la palabra guarde cicatrices. Lo que hoy abundan son modos de recuerdo que acaban siendo una manera de borrar el pasado, de tornarlo borroso, difuso, indoloro. Y una política informacional, no escrita en ningún manual de redacción o de partido, parece sin embargo regular la forma como el recuerdo debe circular para que no ofenda a nadie, esto es, no como memoria viva, lacerante, conflictiva, sino como discurso neutro, indiferente, por más gestos dramáticos que adornen y «dramaticen» ese discurso. No hay memoria sin conflicto, porque nunca hay una sola memoria; siempre existe una multiplicidad de ellas en lucha. Con todo, la inmensa mayoría de la memoria de que dan cuenta los medios es de consenso, lo que constituye la etapa superior del olvido. «No hay memoria sin conflicto» significa que por cada memoria activada hay otras reprimidas, desactivadas, enmudecidas, por cada memoria legitimada hay montones de memorias excluidas.

Las madres de la Plaza de Mayo son una memoria reprimida, sin legitimidad, continuamente devaluada por los medios, salvo algunos pocos que aún son capaces de acompañarlas de cuando en cuando. Evidentemente, la memoria de las abuelas de la plaza de mayo es muy distinta de la que han hecho muchos de los partidos políticos en Argentina. Incluso la mayoría de los intelectuales están hartos de las madres de la Plaza de Mayo, hartos de esas «viejas que no son capaces de olvidar». Ahí emerge el conflicto de memorias, mientras lo que los medios buscan es la cuadratura del círculo: una memoria que suprima el conflicto, que no nos perturbe, que apacigüe, que cierre la herida, pero en falso; una cicatrización en falso. Algo de lo más hondo y decisivo que nos legó la pedagogía de Estanislao Zuleta es que «hay que saber vivir con el conflicto», pues más democrático que reprimirlo o suprimirlo es descifrarlo en lo que tiene de dinámica social y dimensión constitutiva del convivir colectivo. Frente a eso, lo que encontramos en los medios es un recuerdo neutro o revanchista: en ambos casos se trata de un recuerdo instrumental, funcionalizado, incapaz de hacer memoria y de olvidar.

Como nos enseñan algunos textos que se hacen cargo de las vicisitudes de la memoria, en las postdictaduras del Cono Sur, la memoria es tensión irresuelta entre recuerdo y olvido, pues remite por una parte a los miles de rostros reclamados desde las fotos que invocan a los *desaparecidos*, y por otra a la escena de los *insepultos*, de los que no han acabado de morir porque a sus familiares y amigos se les ha negado el derecho al duelo, a terminar de enterrarlos. La memoria está

hecha de una temporalidad *inconclusa*, que es el correlato de una memoria activa, activadora del pasado y reserva/semilla de futuro. Sin embargo, esa memoria sólo emerge al desplegar los tiempos contenidos, reprimidos, amarrados por la memoria oficial o negados, neutralizados por los medios.

Existen muchas cosas que necesitamos olvidar para poder convivir, pero la generosidad del olvidar sólo es posible después de recordar. Por eso hay que poner la memoria a trabajar, al menos en dos oficios o tareas. En primer lugar, des-hacer aquellas cicatrices que cubrieron las heridas sin curarlas. Si las bombas perdidas u ocultas no son *des-cubiertas y des-amordazadas*, nos pueden explotar en las manos cualquier día, con lo cual no se trata del «reabrir las heridas», moralistamente condenado por una posición pseudoconciliatoria, como la encontramos tantas veces en este país, sino de desmontar la farsa y falsa explicación con que se recubrió lo que dolía sin que se curara en realidad. En segundo término, la memoria evocativa o celebratoria no es la que más necesitamos hoy, porque no es la memoria *del pasado* sino la memoria *de que estamos hechos* la que puede ayudarnos a comprender la densidad simbólica de nuestros olvidos, tanto en lo que ellos contienen de razones de nuestras violencias como de motivos de nuestras esperanzas.

«¿A costa de qué olvidos recordamos?», se pregunta Beatriz Sarlo. Pregunta que aplicada a Colombia podría traducirse así: ¿de qué se olvida el país en eso que recuerda, y que nos impide comprender los sentidos de las violencias que nos rompen? Investigar la densidad simbólica de nuestros olvidos equivale a darnos la posibilidad de mirarnos unos a otros, de entrelazar memorias de modo que podamos descubrir las trampas patrioterías que nos tiende la memoria oficial y hacer estallar la engañosa neutralidad con que nos adormecen los medios. En los últimos años el filósofo J. Derrida ha trabajado las relaciones entre imagen y espectros, o sea lo que desaparece en lo que vemos. Dice textualmente: «El desarrollo de las tecnologías de comunicación abre hoy el espacio a una realidad espectral. Creo que las nuevas tecnologías, en lugar de alejar el fantasma —tal como se piensa que la ciencia expulsa la fantasía—, abren el campo a una experiencia de espectralidad en la que la imagen ya no es visible ni invisible. Y todo esto ocurre a través de una experiencia de duelo, que siempre anillé a la espectralidad en la que nos enfrentamos con la huella, con lo desaparecido, con la no presencia.

Los medios —y éste es el segundo oficio que el fin de siglo parece otorgarles— son máquinas de producción de *espectros*. No hay sociedad que se pueda comprender hoy sin esa espectralidad de los medios de comunicación, sin su referencia a los muertos, a las víctimas, a los desaparecidos, que estructuran hoy nuestro imaginario social. Derrida nos da ahí una clave preciosa para comprender en profundidad la relación de la televisión con este roto y atormentado país, precisamente por el desproporcionado peso social y político que ha cobrado la televisión en Colombia. Frente al gesto grandilocuente de tantos intelectuales que han hecho de la televisión el chivo expiatorio de nuestra degradación moral y cultural, creo que en este país es clave que miremos la televisión para que cada vez que veamos las imágenes de los muertos, de las madres que gritan por sus hijos, comprendamos que en la secreta relación entre imagen y desaparición se está jugando la posibilidad del duelo sin el cual este país no podrá tener paz, pues la desproporción de nuestras violencias quizá sea paradójicamente proporcional a nuestra incapacidad de duelo: ese *tiempo del sentimiento* en el que elaboramos las pérdidas y expiamos nuestros olvidos.

Medios para la Paz

Tertulia en la Fundación Santillana

Bogotá, noviembre de 1998